

La redondez de sus lentes.

Catorce de septiembre de 1982.

Justino.

La inspección aérea confirmó que oculto en el arrecife había un pecio. Los buzos determinaron que el derrelicto no era una embarcación, se trataba de un aeroplano, uno que jamás debió haber sobrevolado el área de Los Tuxtlas. Ningún piloto solía hacerlo, quizá por ello pasó tanto tiempo hundido sin ser divisado desde el cielo.

El oleaje en pleamar hacía imposible maniobrar en la zona, por lo que las inspecciones quedaban relegadas a los pacíficos momentos permitidos por la marea baja.

Un puñado de buceadores peinaba la zona en busca de alguna pieza valiosa perteneciente a la misteriosa aeronave con la que hacer negocio en el mercado de coleccionistas de desdichas de hombres antiguos. Eran como un banco de peces que se sacian con la carne muerta de los navegantes que encuentran la paz bajo las corrientes marinas. Profanadores o busca tesoros, según se mire.

La aeronave tenía quebrados los cristales de la cabina, había perdido un neumático y varios elementos esenciales para el vuelo: el elevador estaba desprendido y el alerón izquierdo había desaparecido junto con la casi totalidad de la pintura. El óxido se extendía por todo el fuselaje, solo la cola mostraba algunos restos de pigmentos rojo y violeta. Su identificación sólo sería posible por expertos aviadores o estudiosos de la historia de la aviación.

Al segundo día de inmersiones en la zona, una carta de navegación fue rescatada del fondo del mar, un papel enmarcado en madera de nogal que se resistía a pudrirse.

En la carta se podía ver a la derecha la silueta de España y la de Centroamérica a la izquierda, el resto eran líneas borrosas y nombres velados; tinta corrida.

Se asemejaba a una pieza de colección que todavía llevaba pegada en su parte posterior una etiqueta encerada con la imagen de un Rokiski con la corona real cerrada, en la que se podía leer con claridad: «Museo del Aire».

Horas después de que los medios de comunicación se hiciesen eco del descubrimiento del avión, una llamada telefónica, desde Veracruz, buscaba respuesta en Madrid, en ella mi hermana decía con pena aliviada: «Mi padre ya ha partido en un vuelo eterno. Yo parto hacia España».

Treinta de abril de 1981.

Manolo.

Cuando ella cruzó el puente de entrada del Museo del Aire no pude dejar de mirarla, ¿quién iba a imaginar que esa mujer habría de ser mi rumbo, ruta y derrota en su doble sentido?

El cabo Cerezo también la avistó en la distancia, su olfato y reputación de ligón le precedían, no perdía ocasión de entablar conversación con cualquier bella

señorita que cruzase frente a la garita del museo con la intención de engatusarla y conseguir una posterior cita. Por lo visto el uniforme transmutaba ciertas carencias en virtudes.

La lluvia arreciaba fortísima, y yo, un pobre y moderno soldado calado hasta el alma, me encontré con la cortés y oportuna oferta, hecha por mi cabo de puesto, de suplirme en las labores de identificación de visitantes.

Si el ofrecimiento del cabo Cerezo no hubiese sido hecho en tono de orden lo hubiese rechazado, quería embelesar a la desconocida dama que andaba en nuestra dirección con el paraguas en ristre y el paso apresurado.

Sometida mi voluntad a la obediencia debida entré en la garita viendo en aquella pequeña derrota la oportunidad de calentar un poco el cuerpo, saqué el termo de la mochila y me serví una taza de café de olla, muy azucarado y clarete. El líquido humeante me calentó las manos y empañó las gafas, por lo que perdí la claridad de mi vista unos instantes.

El teléfono comenzó a sonar y lo descolgué a la velocidad del rayo, era el jefe de día que quería hablar con el cabo de puesto.

Avisé al cabo Cerezo quien ya estaba adoptando la postura del lance de «porta gayola».

Esta vez le tocó al cabo someter su voluntad y atender la llamada. Ahora volvía a ser mi función identificar aquella visita.

Salí de la garita, y al punto me topé con una sagrada imagen; debido a la transitoria ceguera, y a una farola que enmarcaba su silueta, hasta me pareció que iba bajo palio.

A medida que la vista se me aclaró y empezaba a acomodarse, ante mí se revelaba la imagen más bonita, bella y excelsa que jamás había visto en la vida debajo de un paraguas de varillas de aluminio. Debía rozar la treintena.

Esa mezcla de belleza y fragilidad sumada a cierto aire desvalido, hicieron que bajase la guardia y quizá por una obligación malentendida antepuse atender a

la pobre dama dejando de lado mi verdadera labor. Pensé para mí que las grandes espías de la historia conocían esa debilidad de los soldados y la habían sabido explotar en pro de sus intereses. Y eso hice, abandoné mentalmente mi puesto para atenderla con toda mi alma y entendimiento.

Su bienestar era lo más importante para mí en ese momento y para su comodidad le cedí mi puesto bajo el alero de la garita, yo me instalé bajo el aguacero.

Su sonrisa forzada y el recelo de su mirada me produjeron desconcierto y miedo, fue cuando comencé a tartamudear sin remedio.

—Bu... bu... buenos días. Me... me... me permite su documentación.

Cerró el paraguas, abrazó su bolso en el regazo y empezó a revolver la mano derecha en su interior. De su cuello manaron oleadas de aroma a gardenias que inundaron mis fosas nasales. Comencé a consumir el aire en inhalaciones profundas y avariciosas, como si aquel embriagador olor se fuese a terminar en cualquier momento.

Todavía hoy recuerdo esa fragancia casi tanto como los besos de mi madre en la infancia.

Extendió la mano protegiendo su pasaporte de la lluvia y me lo dio.

—Mariana Villasana Villasana, de Veracruz, Estados Unidos Mexicanos. Hoy es mi primer día de trabajo —dijo cortante con un acento mejicano algo diluido.

Pasé a la garita a comprobar si ese nombre figuraba en el listado de personal civil. En efecto, se trataba de una nueva guía para el Museo del Aire.

El museo, desde su apertura, rozaba todas las semanas el momento de morir de éxito. Semana tras semana crecía el número de visitantes, eso colapsaba los servicios que la institución ofrecía. Estaban necesitados de personal especializado que atendiese la exacerbada demanda de conocimientos sobre la aeronáutica y su historia en España.

Muchos ciudadanos llenaban todos los fines de semana el hangar reformado que un día alojó la Escuela Superior Aerotécnica y paseaban viendo aeronaves en una antigua y aledaña zona de maniobras.

Llamaba la atención la nacionalidad de Mariana. Solo en una ocasión había cruzado palabras con una mujer mejicana, pero lo más llamativo era que se trataba de la única mujer que ejercía de guía en el museo. Aquello me hizo pensar que debía tener un alto nivel de conocimientos acerca de la aviación civil y militar española.

Mariana estaba allí quieta, firme, con la frente alta. Sobre su rostro, perfilado en unas suaves facciones indianas, la redondez de sus lentes enmarcaba unos ojos vivos y negros como la noche más oscura del alma. Su piel solo parecía necesitar unos pocos rayos de sol para dorarse.

Le devolví el pasaporte y me despedí indicando a dónde debía dirigirse cortésmente, esta vez mostrando más seguridad.

Ella abrió su paraguas y tomó camino hacia el museo.

El cabo Cerezo salió de la garita negando con la cabeza y con gesto disgustado.

—¡Ay, Manolete! —ese era el diminutivo de mi nombre—. Si no sabes torear, ¿pa qué te metes?

—Tiene razón, mi cabo —respondí—. Esto de ligar de servicio se me queda muy grande, la próxima ocasión ejerceré con corrección mis funciones.

—¿Es que acaso has hecho otra cosa que no sea hacer tu trabajo? Porque, si lo que has hecho ha sido intentar ligar, me parece que tengo que darte unas cuantas lecciones.

Y así había sido, en apariencia.

Lo que el cabo Cerezo no sabía es que había puesto una nota en el pasaporte de Mariana cuando había entrado en la garita a comprobar la documentación, citándola en un parque de Madrid para la semana siguiente.

Alea Jacta est.

Veintiuno de junio de 1933.

Justino.

A la edad de nueve años mi trabajo en la granja del señor Villasana era el de velar por el bienestar de doña Alfonsina, su hija única.

Yo era para ella lo que Tuerto para mí; un cachorro contrahecho que siempre corría entre las piernas provocando tropiezos, pero un pozo infinito de cariños.

Con el paso del tiempo me convertí en su sombra de día y su centinela de noche.

Los chicos de la finca para meterse conmigo, aparte de llamarme Medio Huérfano Cojo, me decían Bufón porque decían que vivía en el palacio para entretener a la hija del Don. Años más tarde descubriría que me querían hacer creer que yo fui como los niños palaciegos, los locos, los enanos y los negros que se habían gastado la vida en la corte de los Austrias allá en la madre patria varios siglos atrás, solo que yo me estaba convirtiendo, a fuerza de afecto, en el hijo de mi ama.

Entre motes y apodosos transcurría mi relación con mis iguales. Lo que ellos no sabían es que su intención de hacerme inferior estaba surtiendo el efecto contrario. Hacían ver, en su mediocridad, que la casa del señor Villasana era un *cottolengo*, cuando en realidad era el cielo.

Mi padre pasaba toda el día entre boñigas de vaca Brahman, Guzerat y Gyr. El mejor ganado de Veracruz. Esa era su principal labor; recoger los excrementos que se repartían a diario por la finca para preparar el abono de las tierras de cultivo.

Al ocaso el pobre hombre estaba reventado y quería descansar. Al menos eso me decía y eso parecía. Yo sabía que empinaba el codo hasta quedarse dormido, por eso me permitía irme con doña Alfonsina a dormir, para estar tranquilo, para eso y porque sabía que cenaría bien y que no me faltaría un mendrugo de pan con el que romper el ayuno a la mañana siguiente.

Recuerdo que mi padre hedía a excremento vacuno, pena, humo, vergüenza y soledad. Y vino rancio cuando la paga no le alcanzaba al final de la semana.

De mi madre nunca supe nada.

Doña Alfonsina, Tuerto y yo, éramos inseparables; cuando yo acariciaba a Tuerto, ella me acariciaba a mí, cuando yo jugaba con Tuerto ella enseguida se sumaba, cuando yo arrullaba a Tuerto ella nos tomaba en sus fuertes brazos y nos mecía hasta que dormíamos. Luego cogía al cachorro y lo bajaba a la calle, al portal de la casa, y lo recostaba entre unas macetas sobre el felpudo viejo junto con los otros perros.

Mi ama siempre me despertaba rascándome la espalda, nunca tenía las manos frías, así poco a poco abría los ojos, y con los ojos la sonrisa. Siempre pensé que una madre debía despertar así a sus hijos. Creo que ella también lo pensaba.

Aquel miércoles el temporal que azotaba a toda Veracruz, se había agudizado durante la noche, era muy fuerte y bajé de la habitación de doña Alfonsina a por Tuerto, para meterlo a escondidas en la casa, pero no estaba en el portal esperándome. Lo llamé, pero no vino. Intenté dar una vuelta por la finca; era imposible. Anduve bajo los aleros del tejado y no había rastro del animal, solo agua helada, una densa oscuridad a veces rota por los relámpagos y un viento que corría en todas direcciones.

Pasó la madrugada y el cielo clareó a duras penas, no era un amanecer habitual, el cielo era de estaño. Me senté bajo el quicio de la puerta a esperar la vuelta de mi perro.

Doña Alfonsina, que había madrugado, me vio preocupado y con un gesto me preguntó qué me pasaba.

Le pedí que fuéramos a buscar a Tuerto. Temía que con el temporal hubiese sufrido algún accidente. Recorrimos la finca mientras yo gritaba el nombre de mi amigo de cuatro patas y un ojo.

Muchos árboles habían sido abatidos aquella noche por el temporal, incluso alguna choza se había derrumbado, ramblas de agua habían vuelto a cauces antiguos. Los asalariados de la finca corrían de un lado a otro entre el griterío, pidiendo ayuda, removiendo la espesa vegetación y buscando entre las cañas y el barro.

Todo era muy confuso.

Mi ama me tomó en brazos y me sacó de todo aquel revuelo.

En nuestra búsqueda llegamos hasta playa Ermita, allí recordé que ese gris día era el cumpleaños de doña Alfonsina. Cogí su mano, tiré de su manga para llamar su atención y la felicité, ella me respondió con un ademán agradecido. Ese miércoles era su vigésimo séptimo cumpleaños.

Los días previos habían sido oscuros y ventosos, tanto que la flota pesquera había permanecido amarrada. El obligado encierro había hecho que doña Alfonsina, ociosa y encendida, renovase sus pensamientos acerca de su estado de soltería que tan agria le estaba haciendo la existencia, y todo esos demonios eran reflejados en su diario.

Escribía que en sus oraciones ya solo hacía que pedir un milagro a la Virgen de Guadalupe, no es que solo quisiera un hombre para sí, rogaba por tener una familia. Estaba cansada de ser la niñera de los jornaleros de su padre. Al leer aquellos pareceres que nacían en el fuero interno de mi ama sentí un gran

abandono en el pecho, entendí que yo estaba allí de paso. Al fin y al cabo yo era como Tuerto, solo que yo estaba cojo.

Todavía en la oscuridad crepuscular del amanecer estañado, recibiendo en su rostro el viento del golfo de México, clavó sus rodillas en la arena, mirando al este, yo me senté delante de ella y la miré al rostro. Sacó del bolsillo del delantal una roñosa y manoseada estampa de la Virgen de Guadalupe y lanzó con unción su petición al cielo, en su rostro se notaba la fuerza con que brotaban las oraciones de su alma.

Permaneció con las manos cruzadas, sujetando la imagen contra su pecho hasta que sintió el calor y la luz de los primeros rayos de sol.

Abrió los ojos y yo me giré para mirar hacia la orilla. Pudimos ver como el temporal había arrastrado desde el mar restos de vegetación muerta y varios objetos dispersos que no se lograban adivinar. Anduvimos por la costa, comprobamos en ese paseo como el arrecife había soltado lastre y la playa se había llenado de elementos, alguno inverosímil, como una rueda ancha como antes jamás había visto, hasta que encontramos medio enterrado en la fina arena de la playa un cuerpo de medio lado que se mecía a merced de las olas.

Era un hombre que yacía sobre una cámara neumática de color rojo, vestido con un mono blanco con alguna mancha negruzca en mangas y rodillas.

Tras comprobar que estaba vivo, doña Alfonsina lo alejó de la orilla hasta ponerlo a salvo en una cueva de piedra volcánica cercana.

El hombre lucía una calva casi perfecta con un bigote fino, era ya maduro, tenía media cara cortada, las heridas estaban tiernas y no cesaban de sangrar aunque con levedad. Yo pensé en el escozor que produce el agua salada del mar cuando me tocaba alguna herida.

Me acerqué corriendo a la hacienda de don Juan Guillermo Villasana y tomé a un trabajador, uno de los pocos que no estaban comprometidos buscando desaparecidos bajo las vigas. Empujando una carretilla corrimos hacia la playa. En ella cargamos al náufrago y lo transportamos a una de las cabañas que todavía estaba en pie, una en las que solía vivir el servicio. El diáfano

alojamiento se había convertido en una especie de casa de socorro y había varias camas dispuestas para acoger a los heridos causados por el temporal.

Cuando ingresó el náufrago, acompañado por doña Alfonsina, las mujeres enseguida lo asearon y acomodaron en un camastro. Sus ropajes fueron entregados a Alfonsina y dejaron al hombre descansar, a la espera de que llegase el médico que debía de coserle la cara y atender al resto de heridos. Mi ama se sentó a su lado y lo contemplaba embelesada, empapando gasas en su maltrecho rostro.

Yo, por mi parte, seguía echando de menos a Tuerto, pero estaba agotado, y me tumbé en una de las camas del improvisado hospital para descansar un poco.

Estaba a punto de caer dormido, entonces escuché una marabunta llegar desde lo lejos, la misma que traía a mi padre en volandas, la misma que no me permitió verlo vivo por última vez. Al parecer el pobre hombre volvía de la taberna del pueblo cuando el ahuehuete de la entrada de la finca se descuajó y cayó sobre él.

Desolado, por saberme totalmente huérfano, marché con mi cojera hacia los márgenes de la finca, ya solo me quedaba mi perro.

Al final de la vaguada, en una zanja abierta, de donde supuse que habían sacado a mi padre moribundo, encontré tumbado a Tuerto, con los dos ojos cerrados en un duermevela del que nunca se despertaría. Me acurruqué a su lado, como el niño que quiere abrazar a su peluche buscando consuelo en su soledad, estaba frío, lo arropé y quedé dormido como todas las noches de esos últimos meses. Al despertar hice un agujero de no más de un par de palmos de profundidad, y entregué a Tuerto a la tierra, sobre él una cruz hecha con las ramas del ahuehuete.

Llamé al lugar la «vaguada de tuerto», y nunca volví a visitarlo. A partir de ese momento, siempre que salía de la finca en coche, giraba la vista para no verla.

Me dirigí a una choza que hacía de improvisada morgue, a ver a mi padre, pero no me dejaron entrar. Esperé en la puerta hasta que doña Alfonsina me recogió, me dio de comer y me alojó en su habitación.

Dos días con sus dos noches tardó el náufrago en despertar, y cuando lo hizo no recordaba quien era ni qué hacía allí. Alterado se quiso levantar, hasta que Alfonsina lo empujó y lo volvió a tirar en la cama. El hombre estaba débil.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —preguntó a doña Alfonsina quien miraba con atención cada movimiento de los labios bajo el fino bigote que ya desaparecía en uno más grueso que se empezaba a repoblar.

Alfonsina abrió las manos y cerró los ojos asintiendo con la cabeza, indicaba al hombre con sus palmas que esperase, ella se levantó y se marchó.

—Pero... ¿Por qué no me dices nada? ¿Qué hago en esta choza? —inquirió el hombre entrando en pánico.

Enseguida apareció Alfonsina por la puerta, sujetando su pequeña pizarra, y en su mano derecha una tiza. Escribió: «has naufragado, el médico ha dicho que tienes que descansar».

El hombre cayó exhausto sobre la almohada y cerró los ojos.

Alfonsina dio gracias al Cielo por el presente que le había hecho. La lógica de la inocencia parecía imponerse para ella.

Con el tiempo habría de saber que el día en el que murió mi padre y mi cachorro Tuerto gané una madre y un padre que me querrían de una manera distinta a la que me habían querido hasta ese momento.

Y los años pasaron y acabé llamando mamá a la que llamaba ama.

Desde aquel día mis únicos trabajos en la granja fueron cuidar al Náufrago y dar toda la prensa que llegase al buzón a doña Alfonsina.

Quince de julio de 1933.

Extracto del diario de Alfonsina.

A veces pienso que no soy muda, que es el mundo quien ha ensordecido.

Podría parecer que me siento defraudada o resentida, pero no es así, es en esa sordera mundana donde tengo que encontrar mi ventaja, no tengo que perder el tiempo en decir cosas, solo tengo que hacerlas. Es por ello que he vuelto a reafirmar el compromiso de hablar con mis obras; que sean mis obras las que hablen por mí, y... he empezado a gritar.

Mi padre no hace más que dedicar todo su tiempo a quitarle motores a los coches para adaptarlos a sus intentos de aeroplano, y todo ello en este preciso y delicado momento.

Debería de estar dirigiendo las reparaciones en la finca y poniendo orden en los asuntos que se han visto trastocados por el temporal. Yo me estoy encargando de todo, pero lo más importante es atender a las viudas; darles vivienda y labor mitigará la pena o al menos ayudará a que entretengan la mente. Siempre he creído que lo mejor para superar las penas propias es cargar con la de los demás.

El pequeño Justino está muy triste, lleva varias semanas con pesadillas. Y eso también me quita horas de sueño que se van para no volver.

Mi náufrago está desmemoriado, no recuerda de dónde vino, aunque yo lo intuyo.

Él es la respuesta de la Virgen a mis oraciones. Me da igual su pasado, me da igual que tenga media cara cortada y que le falte casi toda la oreja derecha. Total, no va a poder escuchar ni la mitad de lo que no puedo decir.

He mandado lavar sus ropas y guardado las pocas pertenencias que llevaba encima.

Se está recuperando bastante bien, ya ha podido descubrir su cara tras los vendajes con una crecida y rala barba.

Damos largos paseos por la playa donde lo encontré y lo he llevado a navegar por los manglares.

Le gusta el silencio y comer pescado, y ya lo he sorprendido mirándome más de una vez. Le gusta verme nadar y bucear.

Desmemoriado, mira el cielo, otea el horizonte, en busca de las aves marinas, las parece envidiar. Hace fuerza con todo su cuerpo cuando ve a las gaviotas correr para tomar vuelo, parece que quisiera ser gaviota. Eso me hace gracia.

Le he enseñado a coger el ostión y los saborea como si nunca antes lo hubiese comido, y puede que así sea. Todo es novedad. Todo es importante.

Se ha instalado en una de las nuevas cabañas, en la más próxima a casa. Hay noches en las que lo visito y acaricio su cabeza hasta que se duerme.

Quiere recordar, pero temo que el recuerdo lo aleje de mí.

Nos aliviarnos los tormentos y las soledades, eso es bueno.

Quince de agosto de 1933.

Justino.

Le llamaban el Náufrago y sabía leer y escribir mejor que nadie que hubiese conocido antes. El hombre tenía mucho tiempo libre y me estaba acabando de enseñar. Yo aprendía rápido.

En ausencia del amo de la casa, él ayudaba a mi ama, hacían buen equipo; una mirada parecía suficiente para que se entendiesen.

Yo siempre estaba pegado a él, porque así los demás niños me dejaban tranquilo. Ahora el niño huérfano y cojo que yo era, no tenía a Tuerto, tenía al Medio Sordo, que era como lo llamaban los peones del campo, eso o Caracortada.

Entre motes empezó a encontrar su hueco en la finca, igual que yo, desde que muriese mi madre y quedase cojo. En eso nos parecíamos.

Comprendía el funcionamiento de las máquinas con rapidez y en seguida se lanzaba a repararlas, o en el mejor de los casos a modificarlas para optimizarlas. Los jornaleros ya no podían gandulear tanto, pues las máquinas no se rompían cada dos por tres, y si esto pasaba, era cuestión de pocas horas que volvieresen a funcionar con normalidad.

Yo miraba y aprendía.

Los jornaleros le tenían manía. Un día Claudio, el de los puercos, quiso marchar antes de hora de la finca a beber, avisó que la bomba de agua se había roto y que ya no podía regar. El mezquino había saboteado la máquina, rompió una pieza cuyos repuestos tenían que venir de Estados Unidos de América. Eran de buena manufactura, de hecho era casi imposible que se rompieran sin motivo. Hasta yo, con mis ojos de iniciado, pude ver que así era. El Náufrago descubrió el engaño. Claudio, ciego de ira se lanzó con los puños por delante hacia él y lo dejó tumbado y dolorido en el suelo.

La confusión volvió a su mente y se encerró en la cabaña. Fue por entonces que doña Alfonsina ya no me dejaba solo por las noches para irse con el náufrago, o si se marchaba volvía a los pocos minutos.

Las cosas se estaban complicando, pero era solo el principio. El día de la Virgen de Agosto fue cuando la cosa tocó fondo y se cumplieron los temores de doña Alfonsina: «¡Mariano! ¡Se llama Mariano!», gritaba la chacha corriendo de camino a la cabaña.

Un mono blanco estaba escondido entre un montón de ropa en el baúl de las sábanas de Doña Alfonsina, la misma prenda con la que habíamos encontrado medio muerto al náufrago, recién bautizado Mariano, en playa Ermita hacía casi un par de meses. En la etiqueta había aparecido el nombre, escrito en mayúsculas. La chacha buscando sábanas viejas para hacer trapos, lo había encontrado, e indagando con una curiosidad un tanto insana había dado con el nombre.

Doña Alfonsina apareció algo triste a los pocos minutos en la cabaña de Mariano, y con la resignación de quien sabe que hacer una buena obra desbarataría sus planes, le dio unas gafas redondas. «Esto estaba en tu bolsillo» escribió en la pizarra.

Mariano se puso las gafas y vio el mundo como no recordaba haberlo visto antes. Aquello era la confirmación de que su nombre era Mariano y de que aquello le pertenecía.

Enseguida vino a completar su memoria una oleada de recuerdos, como si se tratase de una epifanía. Sonrió a Alfonsina, pero la sombra cayó en su rostro,

Alfonsina temió que nunca más quisiera saber de ella.

A partir de ese momento, la vida de ambos se transformó en una novela en la que no existían diálogos, y no porque ella estuviese físicamente incapacitada para ello.

El hombre tomó claustro y silencio en su cabaña, como un cartujo, y allí se abandonó a merced de sus demonios y el tabaco. Paralizado pasaba las horas sentado en el suelo, bajo la ventana, desde donde el humo brotaba formando arabescos en la espesura del aire.

A mí me dejaba entrar, y yo en silencio lo observaba. Ordenaba los recuerdos en un cuaderno: Primero escribía sobre los grandes momentos de su vida, de modo sucinto. Luego al azar escogía uno y trataba de completarlo con todo lujo de detalles, como si fuera un escritor engordando una historia muy flaca.

Escribía y volvía a reescribir: «Cuando mi madre me hizo devolver mi juguete favorito a mi hermano»... «mi primera novia en Guadalajara»... Todo parecían historias en principio muy generales y poco concretas, pero cuanto más hurgaba en los recuerdos, mayor claridad tenía. «Cuando combatí en la guerra por primera vez»... «Porque dejé de volar»... «Las consecuencias que tuvo»... «Cómo preparé mi primer Raid»... «Por qué no pude llevarlo a cabo»... Yo leía todas las historias que escribía, parecía estar escribiendo una novela de aventuras.

Así fue como lo conocí; mientras él se reconocía.

Veintidós de octubre de 1933.

Mariano.

No habían llegado las lluvias otoñales, pero la humedad en el ambiente era muy alta. La vegetación ya se mostraba exuberante, aunque solo era un espejismo de la frondosidad que podía llegar a alcanzar, al menos eso me decía Justino, al que ya quería como un hijo, y no por lástima.

Llevaba semanas encerrado en la cabaña, rumiando pensamientos y leves recuerdos a la espera de que se abriera la puerta que debiera conducirme a

otros más concretos y distinguibles. Mi memoria era un árbol talado que empezaba a rebrotar con renuevos esperanzadores.

Hubo un día en que, tras una noche de tortura, una noche oscura del alma, desperté empapado, pegado a las sábanas y con la boca pastosa. Había soñado con un día sin fin, un día donde cada vez caía más en unas sombras que me engullían. Un día de más de cuarenta horas donde no tenía a mano ni sextante, brújula, derivómetro ni cronómetro, en un aeroplano que se desmoronaba, pieza a pieza sobre las frías aguas de un mar sin nombre.

Al despertar tomé las gafas que estaban sobre la mesita de noche, al lado de una vela, y me miré en un espejo que tenía en la cómoda que había instalado Alfonsina.

Vi mi cara oculta por una espesa barba, no me reconocí en esa imagen. Me di cuenta de que me miraba un desconocido.

Entré en cólera.

Airado salí de mi encierro y Alfonsina, alarmada, corrió a mi encuentro. Grité pidiendo una navaja, Alfonsina se asustó, lo pude ver en su cara. Los hombres fueron a contenerme, querían evitar que hiciese una locura.

—¡Quiero afeitarme! ¡Quiero verme la cara!— exclamé y todos respiraron aliviados al ver que no quería quitarme del medio con un tajo.

El voluntarioso capataz desenfundó su navaja con una destreza que denotaba gran experiencia. Me contó que su padre había sido barbero y de joven había aprendido el oficio. Me marcó un bigotillo fino, tal y como le había pedido, y me cortó el cabello que se arremolinaba en las sienes. Por el rabillo del ojo pude ver como Alfonsina me miraba con incertidumbre, la misma que la mirada que me devolvía el espejo.

Pero esa incertidumbre se tornó certeza.

—Este soy yo.

Y como un tsunami todos mis recuerdos volvieron, o mejor dicho, se desvelaron.

Caí de bruces al suelo y me desperté agitado y sudoroso.

—¡Joaquín! Hay que ir a buscarlo— añadí— ¿Dónde está?

Alfonsina se sentó frente a mí y escribió en su pizarra. «Hace cuatro meses que vuestro avión cayó en el golfo».

—¿Tú lo sabías?

Asintió con la cabeza, y escribió en la pizarra: «Lo supe por la prensa al día siguiente».

—¿Por qué no me dijiste nada?

Los ojos de Alfonsina se empezaban a llenar de lágrimas, unas lágrimas de sincero arrepentimiento: «Creí que no sería bueno para ti saberlo tan de súbito, y con el tiempo pensé que si te lo decía te perdería». Escribió entre sollozos, rellenando todos los huecos que permitía la pizarra sobre la que cayó una lágrima abundante que formó una línea que borraba la tiza a su paso por el plano del encerado.

Alfonsina tomó la mano de Mariano y se la puso en su vientre. Ambos se miraron en una conjura de ternura.

—No, Alfonsina— añadió Mariano—Tú nunca me perderás.

«Ves. Eres un regalo que me trajo el cielo», escribió emocionada.

—Ahora toca buscar a Joaquín.

Tres de mayo de 1981.

Mariana.

Que la fortuna favorece a los audaces es cosa bien sabida, aunque por otro lado, son los valientes los que suelen caer primero en las guerras.

La valentía del soldado que me había citado usando una nota en mi pasaporte todavía no había sido juzgada de ser digna de muerte o de fortuna.

Pensé que darle una oportunidad tampoco sería mucho ceder, además, tener a alguien que me pudiese enseñar Madrid tampoco sería cosa mala, y como decía mi padre: «No hay que tener miedo a volar, hay que temer no volar».

Manolo era algo más joven que yo, pero eso no lo hacía inexperto. Y así lo demostró en nuestra primera cita.

Vino vestido como para hacer algo importante, incluso se movía como para hacer algo importante. Nos iba a pasar algo importante.

El parque floreciendo y el paseo entre sol y sombras fue lo de menos, lo importante es que se preocupaba por mí, se interesaba mucho y, sobre todo, sabía escuchar.

—¿Cómo una chica mejicana acaba siendo la única guía del museo del aire?— preguntó Manolo mientras miraba el fondo de mis ojos.

Ahí dio comienzo un soliloquio al que él atendía asintiendo con la cabeza:

«Mi padre era piloto, aunque yo diría que era más que eso. En su último vuelo, uno muy trascendente para la aviación española, tuvo un percance y luego le pasó la vida y sus cosas, esas cosas que no se pueden rechazar por mucho que uno se resista. Y acabó por abandonar toda aspiración que no fuera la de ser un buen marido y un inmejorable padre.

Vivíamos en la finca de nuestro abuelo, un aficionado a la aviación que no escatimó dinero en nuestra formación, formación que fue supervisada, tutelada y completada por nuestro padre.

Mi hermano Justino y yo tuvimos mucha fortuna, en aquella época gozar de la vida que nos proporcionaron era un lujo.

El pasatiempo que compartimos con nuestro padre no era otro que volar, reparar los aviones escacharrados que el abuelo compraba, incluso fabricar nuestros propios aeroplanos, experimentos que rara vez funcionaban como era de esperar.

Pero para que eso pudiese pasar tenía que haber alguien que lo posibilitase, esa era mi madre. Yo nací, siendo mi madre una mujer madura, mi papá lo era más, ocho años. Pero la vitalidad que tenía nos desbordaba, tanto era así, que cuando ella falleció, cada uno emprendió su camino. Mi hermano retomó su carrera de piloto y yo animada por mi padre decidí venir a España, porque aquí tendría más oportunidades para poderme desarrollar dentro del mundo de la aeronáutica. Y así ha sido. Hace poco que llegué y ya tengo trabajo en el museo.

Las pruebas para conseguir el empleo fueron fáciles; Mi padre me ha hablado con un conocimiento casi de primera mano de todos los aviones que hay en el museo, incluso de sus vuelos más importantes y de sus pilotos, y todo esto desde que soy pequeña. Al fin y al cabo los protagonistas no son los aviones, las aeronaves son las posibilitadoras para que los pilotos cumplan sus sueños. El sueño de volar. Creo que uno de los sueños más antiguos y a la vez más inalcanzable para la humanidad.

Los verdaderos protagonistas son los aviadores y todos los que han rodeado y rodean la posibilidad de volar.

El ser humano es el protagonista y el coprotagonista es la máquina.

Los pocos días que he estado en el museo he podido disfrutar mucho, y ya me he hecho respetar: Tuve que corregir a un compañero por unos datos acerca

de una aeronave, y se sintió molesto. Luego me pidió disculpas al comprobar que yo tenía razón.

Me siento como en casa, aunque echo de menos a mi padre. Ojalá pueda traerlo para que vea todo esto, para que haga una visita, seguro que le resulta muy emocionante».

—Pero... ¿Quién es tu padre?

—Mariano Barberán— Respondí.

Manolo pensó que bromeaba, pues conocía la historia de mi padre, pero cuando miró mi cara de nuevo, supo que no era una broma. Yo le pedí que guardase el secreto.

Creo que ese secreto y esa fascinación por mi padre nos unió más, y en las sucesivas semanas en las que nos fuimos conociendo, Manolo se convirtió en mi fuerza aerodinámica; en la sustentación ascendente que mantenía mis alas en vuelo constante.

Con el tiempo y sin remedio nos pasó la vida, y por mucho que me resistí no puede rechazarlo.

Veintitrés de octubre de 1933.

Mariano.

La caída del Cuatro Vientos.

Era veinte de junio del año treinta y tres. Salíamos de Cuba. Casi no habíamos descansado y ya no teníamos tabaco español.

Joaquín Collar estaba indispuesto, con un ataque que le había subido la fiebre y le provocaba gran dolor en el vientre. Sufría mucho del estómago, decía que a veces soñaba con montañas de bicarbonato. Casi con total seguridad alguna bebida la tarde anterior le había provocado una gran acidez.

Al ir por rumbo de costa no nos pareció necesario tomar mayores precauciones, íbamos bien de combustible. Teníamos algo de información acerca de que habría lluvias, pero lo que no esperábamos es que en poco tiempo se formase una tormenta que nos debía de tragar. Y nos tragó.

Tuve la sensación de que la aeronave no funcionaba como debiera, pero no podía verla desde la cabina, quizá había sufrido daños algún encastre o el fuselaje. En un abrir y cerrar de ojos volaba solo y a ciegas. La meteorología era cada vez más adversa y las turbulencias eran severas.

Volábamos a nueve mil pies. Decidí descender.

Al volar con menor altitud teníamos mayor presión, por lo que el avión parecía trabajar mejor, aunque consumía más combustible.

Permanecía en un estado de atención constante, carente de parpadeo.

Cuando vi mi mirada acerada reflejada en los controles de la cabina no me hizo presagiar nada bueno. El rictus tenso y mis mandíbulas apretadas consumían más energía que el mismísimo motor del avión. Pensé que me iban a explotar las muelas dentro de la boca.

El excesivo calor que desprendía el motor contrastaba con el exterior y eso empañaba los cristales de la cabina, no tuve más remedio que abrir intermitentemente la cabina y someterme a la fiereza de la tempestad de poco en poco.

Los vientos me hacían oscilar el rumbo. Mi capacidad situacional, que se veía mermada por mi poca visibilidad, se estaba viendo desbordada, por momentos

creí saber dónde podía encontrarme, hasta que me supe perdido. Sin referencias y sin ayuda, mantener la aeronave en vuelo ya era todo un éxito.

La fatiga se hizo presa de mí. Una mala noche sumada al constante ajetreo en la habana me tenían sin energías.

Decidí perder algo más de altura, en busca de algo que poder ver, La sensación del vuelo no era buena, sentí como el motor perdía finura, algo estaba pasando que desconocía. Deseé ver un faro que me dijese que había tierra cerca. Pero no veía nada.

Joaquín estaba hecho un ovillo, lacerado por el dolor en el estómago y la garganta, apenas podía hablar. La fiebre lo estaba consumiendo a la misma velocidad con la que se iba complicando el vuelo.

Aterrizar sería lo más oportuno. El problema es que no avistaba nada practicable.

La presión me agarrotaba la musculatura, la tensión en el cuello era como de cuerdas de guitarra.

Unas explosiones pausadas y regulares en el motor hicieron que mi corazón diese un vuelco, el latido se me lanzó a la brava, queriendo salir del pecho. Me di cuenta que la mezcla estaba empobrecida, pensé que había cometido un error de novato. Ajusté la mezcla y el avión empezó a recuperar su estado, comenzó a restablecerse la combustión y la música del motor empezó a sonar, del mismo modo que durante las cuarenta horas y cuatro minutos que había sonado días antes.

Respiré con profundidad, me sentí aliviado, fue cuando miré los indicadores de combustible y para mi sorpresa me di cuenta de que estábamos secos.

Instantes después comenzó el petardeo del motor, uno incesante que acabó ahogándose.

De súbito el silencio se apoderó del avión.

Supe que ese era el principio fin.

Entramos en planeo con parada de motor, debajo de nosotros estaba el mar.

Me encomendé a la Virgen de Loreto, grité a Joaquín, quien me miraba con los ojos entreabiertos con una mueca de dolor. Amerizar con la esperanza de poder llegar a tierra firme algún día era la única opción.

Desaté unas correas debajo del asiento y saqué un neumático rojo, me di cuenta de que estaba a punto de amerizar, avisé a Joaquín para que se agarrase dónde pudiese.

El tiempo se detuvo en fotogramas pausados, arriba la tormenta, acercándose a nosotros el mar. Una calma silenciosa se hizo fuerte en la cabina, ajena a todo lo que nos rodeaba.

En previsión del amerizaje, abrí la cabina y me quité el cinturón, no fuera que luego no pudiese hacerlo por cualquier causa y me quedase atrapado.

La Aeronave, fue frenada por el oleaje en la superficie sufriendo una gran desaceleración, y parte del ala izquierda se quebró debido al impacto y al daño estructural generado por las turbulencias en la tormenta.

El agua enseguida invadió la cabina. Yo conseguí salir, pero la nave comenzó su descenso al fondo del mar muy rápido, Joaquín nunca salió.

El motor se paró, no sé si por falta de combustible. En La Habana, unas horas antes, teníamos los depósitos llenos. Todavía hoy no sé con exactitud qué sucedió. Creo que nunca lo sabré.

Dieciocho de septiembre de 1969

Mariano.

Por segunda vez en mi vida mi compañero de vuelo me ha dejado solo a los controles. Alfonsina ha volado.

Muerta Alfonsina, me tengo que hacer cargo de nuestros dos hijos, Justino y Mariana. En realidad son ellos los que se hacen cargo de mí, pues ya he pasado los ochenta.

Ha sido de un día para otro, no lo hemos visto venir, igual que la tormenta que me engulló en mi salida de Cuba. Se acostó para no despertarse. Estoy desolado, pero no puedo, no quiero que mis hijos vean ese sufrimiento, aunque mi Justino sabe bien qué es la pérdida.

Vamos a vender la finca de mi difunto suegro para ir a vivir a Veracruz. Yo no puedo hacerme cargo de todo y mis hijos tienen otros intereses, son intereses compartidos que nos hacen más felices que cuidar el ganado, y lo de ir reparando aeroplanos ya se me hace cuesta arriba.

Los dos son pilotos.

Justino quiso ser piloto militar, pero su cojera fue un gran impedimento. A mí no me querían dejar ser piloto por llevar gafas. Creo que eso le ha servido de inspiración y al final ha sido piloto, piloto comercial. Muchas veces utiliza la ruta que yo abrí con Joaquín, le llama la ruta "Alfonsina" en honor a la mujer que nos unió en familia, aunque eso es un secreto. La gente cree, por error, que la llama así por el monarca. Siempre me ha fascinado la capacidad de Justino para ponerle nombres a las cosas.

Mariana adora volar, pero más como un recreo. Está interesada sobre todo en la historia militar y en la ingeniería. Pero al ser mujer, no la dejan medrar. Siempre he pensado que su sitio está en España. Allí podrá ser lo que ya es, y más pronto que tarde despuntará.

Ojalá las mujeres, algún día, lleguen a lo más alto. Y con esto no solo me refiero a que puedan ocupar los primeros puestos. Cuando digo «llegar a lo

más alto» me refiero a que puedan volar, igual que cualquier hombre, pues ninguna capacidad nos diferencia para tal labor.

Todo esto me ha tenido que ser revelado por la vida al ser padre de una mujer. Cuán ciego he estado toda mi vida.

También espero que llegue el día en el que ser cojo, tuerto, cegato, mudo o sordo, no sea un impedimento para poder alcanzar un desarrollo total. Las capacidades para alcanzar las más altas metas están en la entrega personal y sacrificada, y de sacrificios sabe mucho el que ha tenido que esforzarse en sobremanera para superar alguna capacidad mermada.

Los americanos lo llaman agallas en sus filmes, en mi tierra son reaños, y con esos reaños hemos ganado muchas batallas que se daban por pérdidas de antemano.

Y eso lo aprendí de Alfonsina.

Alfonsina me enseñó que las palabras sobran, que muchas veces solo están ahí para confundir, que es mejor actuar. Que estar sordo sirve para no escuchar las necedades del mundo, de modo que uno pueda seguir adelante sin despistarse con tonterías. Que hay cojos que andan más rápido y lejos que muchos velocistas o tuertos que no pierden detalle de lo que les rodea. Las cosas más importantes se ven con otros ojos.

Desde que supe de Joaquín, al recuperar la memoria, dejé de comer pescado que venía del atlántico, sólo del pacífico o del río. Me niego a comer la carne de un pescado que pueda haberse saciado royendo los huesos de mi compañero Joaquín. Aunque solo sea una posibilidad, no me hace gracia. Soy un hombre civilizado.

Todos los días recuerdo a Joaquín. Pienso que si no hubiésemos sido unos locos de los «grandes vuelos» todavía seguiría vivo. Pero el «gran reto transatlántico» se convirtió en nuestra razón de ser, y lograrlo fue el *non plus ultra*, aunque sí que había más allá y lo sigue habiendo.

Desde que fui conocedor de mi identidad, no he cesado de buscar a Joaquín, pero no creo que lo encuentre, si acaso su tumba subacuática.

Desde Chiltepec hasta Veracruz hemos buscado el Cuatro Vientos. Todos los domingos nos hacemos a la mar.

Mientras yo mantengo el timón, Mariana bucea y Justino la apoya desde la superficie. Mis hijos y yo hemos acabado siendo una tripulación experimentada en lo que búsqueda de tesoros se refiere, nunca hemos dado con un pecio valioso, pero hemos encontrado alguna que otra curiosidad. Yo he encontrado en todos ellos una gran enseñanza: La historia de la navegación aérea, al igual que la navegación marítima, es también la de aquellos aeroplanos que pusieron rumbo a algún lugar y nunca aterrizaron en el destino marcado, y que, aún hoy, son un tesoro importante que duerme en el lecho marino, en una jungla o en un desierto.

Mi hija Mariana es muy grácil, bucea como una sirena, me recuerda a su madre cuando empecé a conocerla, nadando por los manglares recogiendo ostiones.

Poco a poco fuimos mapeando la búsqueda hasta que un día, sin más, en el arrecife, apareció el Cuatro Vientos, El biplano CASA-Breguet XIX Super Bidón que había despegado desde la Habana con Joaquín y conmigo dentro.

Fue un día muy importante.

Sentí haber completado el vuelo. Haber cumplido la misión.

Me había ganado el permiso para volver a mi patria. Aunque al menos fuera para despedirme.

Echo de menos el tabaco español y unas sardinas.

Veintidós de marzo de 1982.

Manolo

Un débil gesto de conformismo en las facciones mostraba unos ojos vivos y vívidos bajo la redondez de sus lentes, unas lentes decenas de veces reparadas, añejas y arañadas por las muchas friegas del faldón de la camisa que los limpiaba entre los dedos índice y anular.

El cuero cabelludo relucía bronceado, ni un pelo, como la palma de la mano, pero estaba moteado, con una piel fina que se arrugaba cuanto más se alejaba de la crisma.

Bajo la nariz y el labio superior asomaba un bigote recto, blanco que amarilleaba en las puntas. Eso era lo mejor de su rostro.

La parte derecha estaba desfigurada, era cuero rajado y recosido, desde el cuello hasta las sienes, las gafas se apoyaban en media oreja que al parecer solo servía para eso, para sujetarlas. Pero no me daba la sensación de que estuviese contrahecho, como puede pasar con las criaturas que uno encuentra en las carpas de esos circos que venden la experiencia de observar por poco dinero y unos instantes a algunos seres de aspecto inenarrable y horroroso. No, este hombre parecía más un anciano fraile que hubiese rozado el martirio en la juventud de la vida. En este caso, el martirio de la aviación.

No es que las cicatrices lo embelleciesen, pero ese rostro enjuto marcaba cierto carácter que infundía respeto y, a mí en concreto, confianza.

Me lanzó una pregunta cortés y al contestarle inclinó su oreja izquierda hacia mí, supe que más para escuchar que para ocultar su deformidad, no le acomplejaba ni su aspecto ni su sordera.

El anciano tenía unos modales pasados de moda. Y cuando se miraba al fondo de sus ojos uno podía ver que había dedicado muchos esfuerzos a recordar los viejos tiempos.

—Cuantos años sin pisar Cuatro Vientos. Hay cosas que no han cambiado mucho, aunque esto es cosa novedosa— dijo Mariano viendo la entrada al Museo del Aire —Entonces, tú eres Manolo. Un placer.

—El placer es mío. No todos los días se conoce a un héroe nacional.

—De héroe nada, no exagere. Solo hice la misma ruta que Colón cuatrocientos cuarenta años después, y te parecerá mentira, pero en este momento lo que más me apetece es un cigarrillo, no un elogio.

Con presteza saqué un pitillo del paquete que tenía dentro del bolsillo de la camisa, el fuego ya lo puso él.

El hombre decía estar muy emocionado porque lo había traído su hijo en un vuelo transatlántico, y le había dejado acceder a la cabina. Sobre todo destacó el confort del que gozaban ahora los pilotos.

Un avión cisterna nos recibió en la entrada del museo, un camino ajardinado y rodeado de aeronaves nos llevaba al hangar, a la derecha un muro sostenía el emblema y el letrero del Museo del Aire.

En la embocadura de la plazoleta principal, y fijada sobre granito, ondeaba en el mástil el Guión del museo. Mariano se detuvo e hizo una fervorosa reverencia.

Seguimos andando a pequeños pasos hasta la entrada del hangar. Una hélice tripala metálica lucía sobre el dintel, ya dentro nos recibía una amplia sala de gran altura repleta de maquetas, motores, planeadores, emblemas, cuadros... justo en el centro de la exposición presidía una maqueta del Ministerio del Aire.

La cara de Mariano mutó en la de un niño al entrar en una fábrica de chocolate: Aerosteros, paracaidistas, el disco solar alado, conocer los cielos, leer los astros.

Reconocía todos los aviones. De casi todos nos contaba su historia o una anécdota. En alguno que otro se le escapaba alguna lágrima al recordar a los mecánicos y pilotos que los habían pilotado o hecho cientos de mantenimientos. Sobre todo se detuvo frente al Avión Jesús del Gran Poder, le recordaba mucho al Cuatro Vientos pues también era un CASA-Breguet XIX.

La maqueta a escala 1:10 del Cuatro Vientos se le presentó por sorpresa y era tan real que afirmó querer ser diminuto para volver a volar. Vio el radiador de repuesto y la carta de vuelo perteneciente al Museo del Aire, la tomó para sí sin ningún pudor y con total seguridad: “Esta carta de navegación la construí yo y es mía”. Yo le pedí que la ocultase con su chaqueta, el hombre guiñó el ojo asintiendo y me hizo caso.

Salimos a la explanada y mientras Mariana saludaba a sus compañeros de trabajo, su padre me contaba sus pareceres sin tapujos y con total sinceridad.

El romántico pensamiento del viajero que explora un nuevo territorio, que cree que en su destino encontrará fama, riquezas y enfermedades venéreas, y volverá a casa por la ruta más rápida y con ganas de contar en las cantinas los sinsabores y las fortunas de sus andanzas, no era ni de lejos lo que Mariano quería. Mariano anhelaba un deseo mayor: unir dos tierras que llevaban mucho tiempo separadas. Lo que no esperaba era la muerte de su piloto y su supervivencia, nunca había contemplado tal posibilidad. O el éxito total o la muerte de ambos.

Nunca superó esa culpabilidad, ese fue uno de los motivos por los que nunca quiso revelar que seguía vivo, prefería seguir muerto y atado a la memoria de Joaquín, mientras vivía la mayor de las dichas que un hombre puede tener: amar, ser amado y dar frutos.

El accidente del Cuatro Vientos había convertido su vida en una *tabula rasa*, posibilitando el pasó de ser un náufrago a ser marido y padre.

Estaba satisfecho, porque había logrado cruzar el Atlántico, vivo o virtualmente muerto lo había logrado, y así lo habían festejado en Cuba. Quizá demasiado.

A la Aviación Militar Española ya le había dado una de las páginas más gloriosas de su historia, solo envidió no haber podido participar en lo que depararía el futuro del mundo de la aeronáutica.

La carrera aeroespacial era un sueño. Si hubiese nacido en esta época quizá hubiese sido astronauta, hubiese explorado el espacio y, quien sabe, igual hubiese pisado la luna. Al menos le gustaba fantasear con esa idea todas las noches antes de dormirse.

Si Mariano hubiera sido eterno, habría pasado la existencia dedicado en cuerpo y alma a conquistar las estrellas que le guiaban en los vuelos y que le daban la razón por la noche. Pero era humano, como yo, y amaba a Mariana, como yo.

Volví a mi garita, con mi cabo, mis deberes y una promesa de Mariana susurrada al oído.

Mariano salió del museo. Volvía a su tierra adoptiva con la carta de navegación del Cuatro Vientos bajo el brazo; esa sería la lápida de la tumba de Joaquín Collar y el verdadero Cuatro Vientos.

Se detuvo delante de la garita, dio un leve taconazo, se giró hacia mí y permaneció un leve instante en firmes.

Respondí como merecía: En mi marcial y emocionado saludo, el saludo de un pobre centinela, estaba el reconocimiento de toda la patria que en la redondez de sus lentes veía la silueta del planeta al que pudo abrazar, aunque solo fuese a medias, con su Joaquín en el Cuatro Vientos y con la misma suerte que Ícaro.

A Mariana la sigo esperando, quizá una llamada telefónica desde México vuelva a poner todo mi mundo patas arriba, como ya hizo la primera vez que la vi bajo el aguacero.

Mi cabo se me acercó, tenía el gesto extrañado y confundido, parecía intentar relacionar dos conceptos en su mente. No dejaba de mirar al anciano que se alejaba a duras penas ayudado por Mariana. Me preguntó algo acerca de una estatua que había visto y que le recordaba a aquel hombre.

—No. No lo creo, eso sería imposible —mentí.

Por lo que sé, pienso que parte de Mariano Barberán murió en aquel accidente de avión y que el resto de su vida fue vivida por otra persona, mejor dicho, por otras personas, pero eso no significa que dejase de volar.

Quizá fue que a partir de ese momento su corazón voló más alto y lejos que nunca.